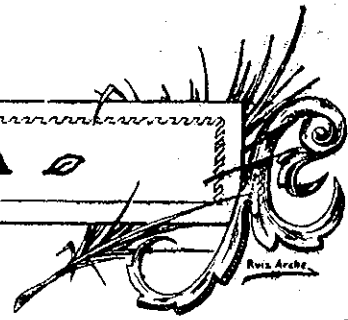




AMOR DE ALMA



A Paco Golás
con verdadero afecto.

¡Salud, joven poeta! Que la vida
no trunque tu ideal;
errante peregrino
avanza en el camino
con tu lira, tu espada, tu flor y tu rosal.
¡Bien hayas tú, que sabes
imitar a las aves!
¡Bien por ti, viajero,
que supiste buscar un alma en un lucero!

Todo es silencio en torno mío; abierta,
de par en par, se halla la puerta
de la antigua mansión;
franco está el paso, (mi morada es breve)
sin embargo a pasar nadie se atreve...
herido está ya el corazón.

Corazón joven y fuerte, ya ningún arpa te alegra;
solo en la noche callada bebes de su copa negra
todo el terrible licor;
el hastío en torno tuyo, te oprime con recios lazos,
y en las zarzas de la vida vas dejando los pedazos
que arrancó de tí el dolor.

Solo y triste en la morada, solo un lebrél es mi paje,
ante mí tengo un grandioso, un magnífico paisaje:
flores, montañas, fuentes, soledad...
No turba mi reposo nada incierto,
yo no sé si estoy vivo o estoy muerto...
te lo digo en verdad.
Por un lado Virgilio; en una mesa
viejo velón me alumbraba; su pavesa
se apaga, y se consume
como una flor que bajo la almohada
de mi lecho ¡tan frío! está olvidada
sin brillo y sin perfume.
He leído a Zimmermann, viejo austero
que me ha hecho olvidar; lo juro, amigo,
(y así yo te lo digo
por estimar en tí que eres sincero)...
¡Sin embargo soñaba! El alma mía
saturada de aroma y de poesía,
de cara ilusión llena
desterraba de mí la triste pena.
Pobre alma desgarrada,
¿qué ánfora plateada
vertió su esencia en tu existencia amable?
Di ¿qué sombra impalpable

te acarició un momento?
¿Qué soplo de qué brisa o de qué viento
besó tu forma macerada y bella?
¿De qué sublime estrella
partió esa luz divina que extasia
tu infinita poesía,
que ora describe el mágico torrente,
el fiero cráter, el profundo abismo;
que se prostra a los pies del penitente;
que es el reflejo exacto de uno mismo,
que no miente jamás, que exalta y brilla
y es madrepora y perla y maravilla;
que atraviesa el océano
que cruza en el desierto
y que lleva en la palma de la mano
agua de rosas para ungir a un muerto;
que es Lázaro y es César; bueno y malo;
que es beso que embriaga, y trágico halo;
que es la suma grandeza y que es fulgente
como el cráter y el astro y el torrente?
Alma mía, consuélate; te adoro,
vayan a tí mis cantos más triunfales,
yo he de enojarte, sí, con todo el oro
que dan las esperanzas inmortales.
Yo pondré ante tu sombra bendecida
todas las galas que la vida encierra,
porque sé que aunque muera yo, mi vida
ha de brillar en tí sobre la tierra.
En tí comulgo y amo; y en tí creo;
eres mi grande, mi esperanza fuerte;
solo el amor en tus celajes veo;
por tí desprecio altivo hasta la muerte;
eres mi musa; en tí lo tengo todo:
gloria, pasión, ideal, vida y contento,
porque sé que has brillado sobre el lodo,
remontando tu sombra al firmamento.
Abierta está la puerta de mi casa,
nadie se ofrece bajo su dintel,
si llegara el amor pasaría... ¡Pasa
el dolor con sus zarpas y su hiél...
Yo no temo al ladrón, porque te llamo;
no temo al criminal porque te adoro;
soy bueno y soy creyente, porque te amo;
y porque siempre que hablo de tí, lloro.
¡Vive, alma mía, y triunfa! Mi morada
abierta está de par en par;
te amo a tí y creo en Dios... ¡Alma adorada
yo hago versos, mas tú... SABES REZAR!

MIGUEL SÁNCHEZ MIGALLÓN.